

importados, para producirlos en México con insumos y equipos importados. Los que van al extranjero a doctorarse en teoría de la dependencia.

Desde hace siglos, en México se hacen fortunas, prestigio, poder, controlando el contacto con el exterior. Una minoría canchero ladra contra los lobos del exterior, para asegurar su dominación del interior; para que el gallinero no pueda decir pío; para que todo contacto con el exterior sea negocio exclusivo del monopolio intermediario: los empresarios nacionalistas que importan para que nadie más importe; los políticos nacionalistas que se roban las elecciones para que los agentes de Washington o Moscú no lleguen al poder; los censores de la penetración cultural que se exponen a graves peligros para que nadie más se exponga. Por eso, olvidando sus pleitos, la izquierda cortesana y la derecha cortesana se unen para defender los intereses importadores de la corte, para seguir viviendo de subsidios, para no exponer su mediocridad (empresarial, política, laboral, universitaria) a la comparación internacional.

Pero la explicación resulta insuficiente. El verdadero negocio de las pirámides (públicas, privadas, sindicales) no es importar o exportar: es crecer o, cuando menos, sobrevivir. No tienen por qué casarse con una ocupación sin futuro: pueden convertir en negocio la exportación. En muchos países aprendieron a hacerlo. Si el sector piramidado mexicano dejó pasar las oportunidades de 1971 y 1983, no fue porque le conviniera. Fue porque no las vio.

Y ¿por qué no las vio? Porque, como dijo Keynes, las ideas hechas tienen más fuerza que los intereses creados. En México, la mayoría parte de los empresarios, gobernantes,

líderes sindicales, profesores universitarios y teóricos de las más distintas tendencias: monetaristas, keynesianos, estructuralistas, marxistas, comparten el modelo tibetano, aunque no estén de acuerdo en todo lo demás. De ahí los más extraños consensos contra el GATT. ¿Cómo entender tamaña unanimidad entre ideologías e intereses en pugna? Por el sustrato común de la mentalidad tibetana.

Los que cuidan la inflación quisieran un recorte de la demanda interna tan prolongado como sea necesario; no quieren devaluar sino a rastras, en vez de actuar como líderes de la oferta al exterior. Los que cuidan el empleo quisieran un minuto de silencio por la crisis, y pasar a otra cosa; no quieren destruir empleos irreales sino a rastras, en vez de actuar como líderes en la creación de empleos productivos: exportadores o no piramidados. Resultado final: ni baja el desempleo, ni baja la inflación, ni se paga la deuda, mientras se acumulan devaluaciones desperdiciadas, paros desperdiciados, arranques desperdiciados, sacrificios desperdiciados.

La escapatoria entre el desempleo y la inflación está en cambiar de empleo: pasar de la ocupación deficitaria en divisas y ahorros a la ocupación superavitaria. La actividad del sector piramidado debe pagarse por sí misma (con dólares y créditos caros) o desaparecer. No debe desperdiciarse el trabajo de mexicanos que serían más productivos, con muy poca inversión, fuera del sector piramidado. La ocupación intensiva de capital, con insumos, equipos y créditos externos, que es la típica del sector piramidado, sólo tiene futuro en función de la demanda externa: creando empleos exportadores. *

La vida (a)leve

EL OLVIDADO ARTE DE MIRAR Y ADMIRAR

Tigre

Londres — Tigre en el Zoológico — Admirable bestia, la testa de una gravedad formidable y esa máscara conocida, en la que hay algo Mongol, una potencia real, una posibilidad, expresión cerrada de poder — algo que está más allá de la crueldad — una expresión de fatalidad — Testa de amo absoluto en reposo — Hastiado, formidable, cargado — *Imposible ser más idealmente tigre.*

Pero este animal admirable cruza y descruza los brazos; se ve, de tiempo en tiempo, girar ligeramente a los músculos bajo el traje amarillo jaspeado de negro — La cola vive. — ¿Tienen conciencia de esos movimientos ajenos? — Este animal da la impresión de un gran imperio.

La "crepitación" de los reflejos locales. — Buscar descifrar esa vida interior contenida.

No puedo demorararme y estudiar mucho tiempo esta bestia — el más bello tigre que he visto —

Pienso en la "literatura" posible sobre este tema... En las imágenes que habría que buscar, y que no buscaré. Buscaría poseerlo en su estado de vida y de forma móvil, deformable por el acto, antes que tratarlo por la escritura.

Movimiento pendular de los leonados a lo largo de las rejas en que sus estrías rozan los barrotes.

Abre el hocico. Bostezo — Presencia y ausencia del alma del tigre, que espera eternamente el acontecimiento.

El mismo

La enorme fiera está echada cuan larga es contra los barrotes de su jaula. Su inmovilidad me fija. Su belleza me cristaliza. Caigo en una ensañación ante esta persona animal impenetrable. Compongo en mi espíritu las fuerzas y las formas de este magnífico señor al que un traje tan noble y tan suelto envuelve.

Pone en lo que ve una mirada sin curiosidad. Trato ingenuamente de leer atributos humanos en su jeta admirable. Me atengo a la expresión de superioridad cerrada, de poderío y de ausencia, que encuentro en esta cara de amo absoluto, extrañamente velada, y ornada con un encaje muy desligado de arabescos negros muy elegantes, como pintados sobre la máscara de polvo dorado.

Nada de ferocidad: algo más formidable, —no sé qué certidumbre de ser fatal.

¿Qué plenitud, qué egotismo sin falta, qué aislamiento soberano! La eminencia de todo lo que vale está con él. Este ser me hace soñar vagamente con un gran imperio.

No es posible ser más sí mismo, estar más exactamente armado, dotado, cargado, instruido con todo lo necesario para ser perfectamente tigre. No pueden venirle antojo ni tentación que no encuentren en él sus medios más prontos.

Le doy esta divisa: **SIN FRASES!**

Paul Valéry, *Melange*, 1939

Traducción de Aurelio Asiain

En nuestro número anterior, Eliot Weinberger hizo el recuento de algunos tigres de papel. Publicamos ahora un tigre francés y, en la página 23, como por arte de magia, un artificio admirable de España que también gusta de herir nuestra carne.